

CLAVES Y RITOS

Todo comienzo tiene un principio. Todo camino, por largo que sea, posee un primer paso. Ese primer paso es el que efectúa el maestro de obras cuando pisa el terreno elegido en el que edificar. No importa que sea una capilla, una ermita, una iglesia humilde o una impresionante catedral. La realidad siempre es la misma. Donde confluyen las fuerzas del Cielo y de la Tierra, allí donde el hombre puede trascender su condición humana, el maestro de obras clava en la Madre Tierra el “magíster”, ese bastón que representa su autoridad y sus conocimientos y con el que llevará a cabo sus mediciones. La sombra proyectada por el poniente, le dará las proporciones ideales. Así mismo, la salida y el ocaso del sol, marcarán la orientación de la construcción. Poco a poco, los especialistas irán trayendo los sillares y las piedras talladas. A medida que los muros se levanten, se unan arcos y bóvedas, capiteles y contrafuertes sostengan la obra, los artesanos confeccionarán todo ese mundo simbólico que años más tarde, decenios o incluso siglos, vendrán a transmitir en ese libro pétreo su mensaje.

Según sostiene la tradición, en la antigüedad se realizaba un sacrificio humano, enterrando a un hombre en el centro de la obra – un punto equidistante de las cuatro esquinas del mismo -, pues existía la creencia de que de no hacerlo así el templo se derrumbaría. Con el paso del tiempo la crueldad de dicho ritual desapareció y los maestros de obras se contentaron con sacrificar un gallo negro a las entidades subterráneas cuyos dominios iban a ser violados al comenzar las excavaciones del suelo.

Este sacrificio de cimentación, efectuado de noche y en secreto, que era como una forma de buscar el perdón de la Madre tierra, iba acompañado por la colocación y consagración de una piedra en un hoyo excavado especialmente para tal fin en el centro de la obra. Esta piedra era llamada “piedra angular” o “piedra cimera” y representaba el punto de mayor elevación del templo.

Con los años ese ritual se convirtió en simbólico. Una mesa rectangular se revestía de blanco para que representara un gran bloque de piedra blanca y se elegía a un Hermano para que interpretara el papel de víctima sacrificial de tiempos pasados. Seis hombres levantaban el supuesto bloque de piedra sobre su cabeza, tras lo cual se procedía a su examen con la escuadra, el compás y la plomada, como se hacía tradicionalmente. El “sacrificado” oía las palabras rituales que destacaban la entrega de su vida para garantizar que la solidez del edificio estaba garantizada y se mantendría en pie para siempre.

En el presente, en la consagración de los altares cristianos, todavía persiste la costumbre de la llamada “piedra del ara” en la liturgia latina o la “antimensión” en las iglesias orientales, las cuales deben contener reliquias o cenizas de algún santo o santa.

Otro sacrificio llamado de “inauguración”, se celebraba públicamente durante el día. Su finalidad era obtener el perdón del cielo por edificar en elevación invadiendo reinos celestiales. Era un ritual semejante al de la cimentación pero en sentido opuesto. La palabra latina “inauguratio” significa comienzo, principio, o si se prefiere, el arranque de toda empresa que desea llevarse a cabo. Este ritual iba acompañado por invocaciones y rezos propiciatorios. Entonces se consagraba otra piedra, que se reservaba para la última ceremonia y que era depositada en un lugar concreto. Estas ceremonias y rituales se llevan a la práctica en la actualidad cuando se coloca la “primera” piedra de una construcción o cuando una vez terminada, se iza una bandera como reconocimiento del hecho. Corrientemente dicha imagen se utiliza para indicar

que, durante las obras, no ha habido desgracias personales, habiéndose perdido el sentido primigenio de dicho simbolismo.

El simbolismo de la obra prosigue con la piedra cúbica esencialmente de “fundación” por ser una de las cuatro que se colocaban en los ángulos del futuro edificio y por ello es conocida como “piedra angular”. El ritual que se realizaba alrededor de dicha piedra tenía como finalidad mágica la de “insuflarle vida” para que el alma de la misma “despertara”. Con ello vemos un claro paralelismo en el relato del Antiguo Testamento con la creación del hombre del barro (tierra igual que la piedra), al que Jehová insufla la vida.

La piedra bruta, al tallarla, perdía así todas sus impurezas en un acto extremadamente simbólico. Para los Maestros constructores la piedra bruta no era otra cosa que la “materia prima” indiferenciada, o el caos, tanto microcósmico como macrocósmico. En cambio, cuando estaba completamente tallada y pulida, llamada “sillar”, representaba el acabado o perfección de la “obra”. No cabe duda de que este simbolismo está emparentado con el alquímico, cuya finalidad es la eliminación de las impurezas de los metales para obtener el oro, paralelismo que encontramos en la transmutación de las imperfecciones e impurezas del ser humano (vil metal) en un ser trascendido, de luz, cuyo tránsito a un nuevo estado del ser es representado por lo áureo o incluso por el símbolo solar. El oro, que siempre ha representado el poder y la riqueza, poseía también el simbolismo de lo oculto, lo trascendente y el conocimiento. El sol venía así mismo a simbolizar la luz espiritual y por ello se convirtió en el centro de veneración de las filosofías y religiones llamadas dualistas, que la Iglesia transformó años más tarde en el “Sol Invictus” de Cristo, al no conseguir borrar de la memoria popular ese culto ancestral. Tengamos presente que la Astrología y la Alquimia se encontraban muy presentes en la sociedad medieval y en la mente de las gentes.

Prosiguiendo con el apasionante mundo del simbolismo, comprobaremos como éste, estaba presente en el alma de los gremios herméticos medievales. Esa Alquimia citada anteriormente era todo un universo que subyacía en todo el proyecto constructivo, fiel reflejo de la evolución humana. La propia construcción y el camino que tenían que recorrer los miembros de estas hermandades para realizarlo y llevarlo a efecto, no era más que un camino iniciático personal e intransferible. El miembro de la hermandad que ostentaba el grado de aprendiz, por ejemplo, reconocía su condición de “piedra en bruto” que era preciso trabajar.

El paso de aprendiz a compañero (compagnon), se realizaba con dos herramientas: la escarpia y el mallete. La escarpia es pasiva, símbolo por lo tanto femenino; el mallete, en cambio, es masculino al ser un utensilio activo. El mallete simboliza el principio creador y la escarpia actúa como la transmisora de dicha voluntad creadora. Esa herramienta que suele deformarse en el transcurso del trabajo, precisaba de ser constantemente afilada y rectificadora para que mantuviera su posición correcta. En la misma línea, el sendero espiritual lleno de obstáculos y errores es un recorrido a lo largo del cual, el caminante debe rectificar al igual que dicha herramienta y “afilarse” permanentemente sus virtudes internas para seguir evolucionando y alcanzar la trascendencia.

Una vez finalizado el trabajo, el aprendiz habrá asumido las características de la denominada “piedra cúbica”, su estabilidad y solidez, superiores a las de otros poliedros regulares. El contenido de la experiencia, voluntad y concentración, constituían los pilares del sistema operativo de aquellas hermandades del medioevo y son las que la Masonería moderna ha llevado al terreno de lo especulativo. “Cada hombre debe tallar

su propia piedra” dice la Orden de la Francmasonería, término que proviene según cuenta la tradición, de la Edad Media y cuya expresión “franc-maçons”, significa Constructores francos o libres en francés.

De nuevo la tradición relata que, una vez delimitado el recinto donde se iba a levantar la construcción, tres constructores inauguraban esta llamada “primera piedra”. Más tarde, para dar comienzo a las obras propiamente dichas, el número se elevaba hasta siete y, finalmente, nueve constructores consagraban el recinto. Esta serie de pasos calculados y medidos, configuraban el espacio que contendría el templo con un aura mágica, con vibraciones o, si se prefiere, con un tipo de energía cosmo-telúrica muy especial. Créase o no, son muchas las personas sensibles que llegan a percibir dicha energía en determinadas construcciones que han sido consideradas desde antaño como especiales.

El ritual, constituido por invocaciones, palabras secretas y gestos corporales, era acompañado por un recorrido a modo de deambulatorio. A medida que la ceremonia se iba desarrollando, el lugar se transfiguraba, pasando de ser una tierra profana a convertirse en un lugar sagrado. Una vez que el recinto era santificado, quedaba preparado para recibir las obras de aquellas hermandades de constructores. Creo que una vez llegados hasta aquí, la formulación de la siguiente pregunta resulta obligada: ¿Hasta que punto un lugar es por si mismo sagrado o bien es la mano del hombre quién lo convierte así?

La cultura celta denominó a esas corrientes cosmo-telúricas subterráneas “wuvres”, las mismas que son denominadas en Oriente como “las venas del dragón”. No cabe duda de que dichas corrientes fueron conocidas por los maestros constructores. Hace años, cuando la Geobiología todavía estaba en mantillas, una investigadora suiza, Blanche Merz, se dedicó al estudio de esas “serpientes subterráneas” recorriendo medio mundo estudiando los principales enclaves considerados especiales y sagrados.

La archifamosa catedral de Chartres, de cuyo estudio se ocupó ampliamente el misterioso alquimista Fulcanelli y el investigador francés Louis Charpentier, se sabe que fue edificada encima de un dolmen alrededor del cual los sacerdotes druidas celebraban sus ritos. Dicho lugar se convirtió con el tiempo en el punto de encuentro más importante de toda la Galia. Así fue como con los años y en plena Edad Media, Chartres se transformó en centro de peregrinación mariana. Los feligreses penetraban en la catedral por el norte, entonado salmos y rezos en honor de la Virgen Negra y descendían hasta la cripta (entrañas de la Tierra, matriz, útero...) y rendían homenaje a “Nôtre Dame du sous-sol”, es decir, nuestra Señora de Bajo Tierra. Después de beber agua del pozo milagroso, salían al exterior por la galería sur, en un recorrido iniciático y escuchaban como la tradición narraba la historia de la venerada imagen.

Se cuenta que mucho antes del nacimiento de Cristo, dicha imagen fue esculpida por los druidas bajo la inspiración de un ángel que les anunció el nacimiento de un dios del seno de una virgen. Así consta en la base de la imagen en la que se indica que se trata de una “Virgine Pariturae”, la virgen que parirá. Más tarde, encontrada por los cristianos, llamaron al lugar, y aún se sigue haciendo, la gruta druídica en la que se encontraba el pozo del que bebían los creyentes, conocido como “Pozo de los Fuertes”. Este centro de peregrinaje anterior al cristianismo, era un santuario custodiado por una de las tribus celtas, la de los “carnutos”, los guardianes de la piedra, que no es otra que el famoso dolmen sobre el que se erigió la catedral y que posiblemente fuera el corazón de los iniciados druidas.

Insistir sobre dicha catedral resultaría fuera de lugar, pues han sido varios los autores con mayor autoridad que se han dedicado a ello. Pero el hecho de estar tratando el mundo de los canteros y de las investigaciones de Merz, buenos serán algunos apuntes al respecto.

Esas corrientes que acentúan el estado de ánimo, las emociones e incluso la salud sobre aquellos que se encuentran en ellas, produce lo que muchos califican como estados alterados de conciencia. No resulta pues nada extraño, que una corriente principal cruce el subsuelo del templo. Pero lo curioso del caso es la existencia de otras catorce que, a modo de ramales, fluyen bajo el ábside y cruzan el coro exactamente igual que en la también famosa catedral de Santiago, en la que dichas corrientes están indicadas por marcas de mármol negro que destacan del resto.

Según la red Hartman que cubre el planeta en cuadrículas de dos por dos veinticinco aproximadamente, cuando dichas fuerzas se cruzan, resultan nocivas tanto para el cuerpo como para la mente. La intensidad de dicha fuerza que es medida por las llamadas unidades de la escala Bovis, cuando se encuentran por debajo de las 6.500, resulta perjudicial. Por encima de las 9.000, el efecto provoca excitación y nerviosismo y cuando sobrepasa la nada despreciable cantidad de las 18.000 unidades, la concentración de fuerza es tal que, a decir de los geobiólogos, sólo los iniciados pueden soportarla.

A poco observadores que seamos, probablemente habremos visto como en ocasiones, en el interior de templos importantes, visitantes que recorrían la nave, el deambulatorio o bien el coro, habían rectificado de manera inconsciente el trazado o trayecto de su recorrido. A veces se apartan en su andadura de un punto determinado para luego proseguir. Otros, quedan como embelesados en un lugar concreto, como absortos mientras contemplan una imagen concreta o una vidriera multicolor. No solamente el visitante puede quedar extasiado ante la contemplación del extraordinario trabajo que llevaron a cabo canteros y artesanos medievales, existen otras poderosas razones no visibles, que son las que pueden provocarles esos estados contemplativos llegando incluso a veces, caso de que la persona sea muy sensible, a experimentar una situación que puede rozar el mismo éxtasis.

Estos puntos vienen a resultar como el catalizador para que la psique actúe sobre la propia conciencia. Las mediciones efectuadas donde se hallaba antiguamente el altar, pues éste fue desplazado de su lugar, dieron la cifra de 11.000 unidades. Ni que decir tiene que en la celebración de la liturgia, la intensidad de dichas fuerzas tenían influenciabas en el oficiante. En cuanto al famoso laberinto de su enlosado, las mediciones exteriores, es decir antes de penetrar en él y comenzar su recorrido, dieron la cantidad de 6.500 unidades. En los sucesivos anillos interiores se alcanzan las 13.500. Luego, como para buscar claramente un contraste entre el recorrido que se lleva cabo y la llegada a su centro, la energía baja en picado hasta las 2.000 unidades para que, de repente, el caminante se vea envuelto por una fuerza de 13.500 unidades cuando llega a su destino: el centro. ¿Cosa del azar? ¿Simple casualidad? No, los Maestros constructores conocían perfectamente dichas fuerzas así como la existencia de los conocimientos de los druidas que eran transmitidos oralmente.

Si para los constructores el laberinto era un símbolo asociado a la Madre Tierra, representada por la Virgen Negra, ello se correspondía con el conocido ritual muerte-resurrección de los iniciados, y para los gremios medievales, recordaba su parentesco con Dédalo, el maestro de obras del palacio de Cnosos de Creta que, según la tradición y la leyenda, había creado la danza ritual e iniciática a través de la cual se recorría dicho

laberinto. Tal vez fue en su honor cuando los Maestros constructores adoptaron la espiral o la concha de caracol representativa de su oficio para simbolizar su recorrido, calculado, medido, lento pero seguro y cuyo rastro apenas visible (el del conocimiento) era solamente conocido por aquellos que pertenecían a su propio gremio. Por ello podemos contemplar en raras ocasiones a pequeños seres, a gnomos, montados encima de un caracol por ejemplo en la Catedral de León, en el Monasterio de San Juan de la Peña o en la Catedral de Nôtre Dame de l'Épine, en Francia.

Así es como el compañero llega lentamente a su destino final, recorriendo su propio laberinto interior en el que le amenaza el minotauro de sus imperfecciones y cuyos conocimientos (el hilo de Ariadna), le permitirá vencer y tener acceso a la trascendencia. Cada uno de los laberintos medievales poseía características diferentes que le conferirían su propia personalidad, pero siempre relacionados con la vía iniciática. En el que desgraciadamente desapareció de Reims, por poner un ejemplo, se podía contemplar una de esas tradiciones compañeriles. En él, aparecían en cuatro esquinas de su forma octogonal, cuatro personajes que portaban los útiles de su oficio, la escuadra, el compás, etc., mientras que en el centro se veía la capa del maestro de obras. El mensaje era evidente: había que pasar por los diferentes grados de aprendizaje para llegar al grado de Maestro.

Ni que decir tiene que este proceso de cambio de conciencia, de trasmutación de el hombre viejo en el nuevo es un referente claramente alquímico y no lo es menos lo que muchos investigadores como Charpentier o Moreau, citan en relación con la Astrología, cuando han llegado a comprobaciones que destacan la ubicación de aquellas catedrales dedicadas a Nuestra Señora y su parentesco con el diseño estelar de la constelación de Virgo en el cielo estrellado. Chartres, Reims, Amiens, Bayeux y Laon, poseían un laberinto y su emplazamiento correspondía con dicha constelación, la de la Virgen Madre, la Virgen Negra, madre de las religiones más antiguas. ¿Todo ello resulta involuntario, debido al azar, o bien estaba planificado de antemano?

La “piedra cúbica”, aquella en que se basaba toda una filosofía de vida y existencia por parte de los constructores, se ve representada en el soporte o trono de las Vírgenes Negras. Conocido con el nombre de “trono de Sabiduría”, posee forma de dado y ello le confiere un sentido alquímico. Simboliza la piedra filosofal y para que su transformación simbólica y definitiva esté completa, precisa de una serie de siete operaciones (recordemos el rito efectuado por siete miembros de la hermandad), con la que se obtiene la cifra veintiuno, resultado de la suma de los puntos marcados en cada una de las seis caras del dado. Trono cúbico de la diosa Isis o Tabla Isíaca.

La materia prima en la que se basa la Alquimia, es considerada de naturaleza femenina y símbolo de la Madre Tierra de la que todo surge, nace y se desarrolla. Además, la llamada “leche de virgen”, es el agua mercurial imprescindible para la Ars Magna. Encontrar esa materia prima, precisan los textos alquímicos, es dirigirse a los yacimientos en los que encontrar metales, a las minas, ir “bajo tierra”, a las entrañas de esa madre que aguarda pacientemente a que extraigan ese elemento que se denomina “el sexo de Isis” y que una vez lograda toda la compleja operación con éxito y obtenida la buscada piedra filosofal, es también denominada como “el Niño”.

Ese deambular por el universo de la Alquimia, tedioso para algunos, permite acercarnos mejor al mundo de los constructores y de nuevo intentar esta vez “ver” en lugar de “mirar” su obra y comprender mejor el proceso seguido hasta la consecución de su trabajo y todo aquello que contiene de trascendente.

No es posible abandonar la obra de los constructores de la catedral de Chartres, sin detenernos, aunque sea brevemente, citando sus famosas y polémicas vidrieras. Si las he calificado de polémicas no lo hago por motivos de contenido, sino por los medios usados en su realización. Opiniones contrapuestas ponen en entredicho las técnicas utilizadas.

Obra del maestro Clemente, las vidrieras muestran los distintos oficios de la época, evidentemente pasajes de las Escrituras y figuras de nobles y mecenas que costearon su realización. A pesar de que el arte de las vidrieras era muy antiguo, en realidad sólo floreció cuando el gótico de altas bóvedas vino a reemplazar al estilo románico de gruesos muros y pequeñas y estrechas ventanas. Ahora los inmensos y altísimos ventanales daban mayor luz y color en el interior de los templos. La claridad del exterior penetra hasta el alma del creyente cuando se halla en estado meditativo y las vidrieras sirven como un baño de color a los rayos del astro rey antes de que lleguen al suelo.

Se cuenta que cuando el maestro Clemente iba a confeccionar una de las vidrieras dedicada a uno de los oficios, en este caso el de los zapateros, usó métodos casi idénticos a los utilizados por los egipcios, sistema que dio muy buenos resultados. Colocaba pigmentos naturales entre láminas de vidrio tosco y soplaba con desigualdad la superficie con lo que llegaba a provocar burbujas. Más tarde cocía el conglomerado hasta que el color deseado penetraba en el vidrio. No seguía ningún método para saber cuales eran las cantidades de color que llegaría a absorber y cuales no. Para cortar el vidrio a la medida que precisaba, usaba un hierro candente que a veces rizaba los bordes provocando con ello que la lámina se rasgara en numerosas ocasiones. Finalmente, aplicaba ácidos para obtener diferentes texturas pero sin saber de antemano qué efectos producirían en los colores.

Ante técnicas tan poco ortodoxas, primitivas y dejando resultados al azar, obtuvo un vidrio extraordinario que resultaría ser un obstáculo para los rayos del sol. Las imperfecciones, manchas, rajaduras, burbujas y marcas, no sólo iban a retardar que los rayos incidieran directamente con su poderosa luz, sino que iban a impedir el proceso natural de penetrar en el interior del templo, cambiando su fuerza deslumbradora por otra tamizada, más hermosa que la natural. Todos los colores del día y su luz, desde el crepúsculo hasta el ocaso, se encontraban en la catedral “gracias” a las imperfecciones de sus vidrieras. Más tarde y lamentablemente, la técnica del vidrio se perfeccionó. Se llegó a obtener un vidrio teñido regularmente a base de determinadas presiones y calor. Se eliminaron burbujas, se impidió que los bordes se rizaran y se quitaron manchas obteniendo un vidrio transparente, liso y uniforme. Pero ahora los rayos del sol no quedaban transformados o trasmutados al atravesar las nuevas vidrieras y su cruda luz bañaba uniformemente el interior del edificio.

Una de las muchas vicisitudes que sufrieron dichas vidrieras aconteció cuando al escultor Charles Antoine Bridan (1730-1805), se le encomendó la restauración y decoración del coro. El artista esculpió la Ascensión de la Virgen y seis bajorrelieves. Fue entonces cuando comprobó como algunas vidrieras estaban deterioradas, además de dar poca luz. Mandó destruirlas para ser sustituidas por otras nuevas que son las que pueden verse en la actualidad. Toda la magia de siglos que aquellos cristales habían aportado al interior de la catedral, desaparecieron en pocos instantes. Ahora, unos claros, han borrado de la memoria su recuerdo.

Si el trabajo de Clemente ha sido calificado de burdo en cuanto al procedimiento, sus resultados son los que han motivado la disparidad de criterios. Para

algunos, los conjuntos coloristas que trasmutaban la luz solar, eran vidrios alquímicos. Los especialistas y maestros vidrieros eran adeptos del “Ars Magna”, conocida también como La Gran Obra de la Alquimia. Eran estudiosos de la trasmutación de la luz y sus efectos sobre la conciencia. Curiosamente, dando un salto de siglos, nos encontramos en la actualidad hablando de Cromoterapia y de sus posibles propiedades sanadoras.

No es cuestión de dilucidar quienes llevan razón. Lo importante son los hechos, provengan de donde provengan y en este caso, todo hace pensar que fuera el método de Clemente o bien el de los alquimistas vidrieros, la cuestión es que cuando se contempla un rosetón, pongamos por caso, estamos observando un mandala de luz, un soporte para la meditación. La meditación y la contemplación no son exclusivas de Oriente.

Una vez nos alejamos de la impresionante catedral de Chartres y de los misterios y enigmas que encierran sus piedras, proseguiremos en esta ocasión con un pequeño apartado que bien podría denominarse numerológico en lo que respecta al número de canteros que llevaban a efecto los rituales y que fue citado anteriormente. Dicho número no era arbitrario. El tres representaba un orden intelectual y espiritual en Dios, en el Cosmos y en el hombre. Simbolizaba al Dios único manifestado en la Trinidad. No olvidemos que una de las herramientas utilizadas por los constructores era la escuadra y dicho utensilio evocaba el triángulo, el tres y los ternarios. La influencia del antiguo Egipto resulta evidente. El triángulo equilátero, el ojo de Amón-Ra y el sol emitiendo sus rayos, venía a simbolizar conceptos semejantes, utilizados también posteriormente por la Masonería moderna.

El siete aludía a los días de la Creación, a los siete planetas, a los siete grados de la perfección, a los siete pétalos de la rosa y a un largo etcétera. Algunos septenarios hacen alusión a los siete cielos, en ocasiones representados por siete círculos concéntricos como el caso de la estela templaria que se levanta en la plaza del pueblo soriano de Narros. Dicho número también significa la totalidad del orden moral, angélico, celestial y la unidad en su totalidad de las energías espirituales.

Puesto que estamos tratando el tema del esoterismo de los constructores y de sus conocimientos, cabe indicar que el número cuatro, que simboliza la Tierra y sus cuatro puntos cardinales, al asociarse con el tres, que simboliza al Cielo, dan al número siete un valor representativo de la unión de lo terrenal con lo celestial, del mundo material con el espiritual, de lo visible con lo invisible. En definitiva, la edificación de un templo no era otra cosa que elevar y trascender la materia, lo terreno (la construcción) hacia lo celeste o divino (su altura o elevación).

Como todos sabemos, nueve es el cuadrado de tres. Nueve constructores serán quienes terminen el ritual. El nueve, está estrechamente ligado al Uno, puesto que dicho número posee la potencialidad del tres y representa la esencia de todo lo manifestado de manera dinámica por el universo primordial al que tiende a unirse y fusionarse. Los nueve meses de la gestación, son los necesarios para el alumbramiento. Nueve artesanos “gestarán” el alumbramiento del templo. En la liturgia, la “novena” simboliza el final, el tiempo que se ha completado y ha llegado a su fin. Toda la potencialidad del Uno que va manifestándose en los números siguientes, se cierra o completa cuando el nueve vuelve a dicha unidad primigenia. En definitiva, los nueve constructores son el símbolo del trabajo necesario para “dar a luz” el templo una vez terminado.

El Árbol Sephirótico de la Qabbalah, conocido también como el Árbol de la Vida y el Conocimiento, está formado por diez Sephirots o esferas de energía, agrupadas de tres en tres, es decir en tríadas. La primera de ellas representa los atributos de Dios, la segunda el Mundo Moral y la tercera el Mundo Físico. La número diez es el

resumen de las anteriores, la Armonía del Mundo. El estudio y el significado oculto de las palabras que se encuentran en los libros sagrados del judaísmo se realizan a través de la Qabbalah, siguiendo unos patrones establecidos en los que se combinan las letras y su valor numérico de acuerdo con el alfabeto hebreo. El proceso conocido como “hopkhmat ha-zeraf” está constituido precisamente por tres sistemas. El Notarikon., la Gematría y la Temurah.

No cabe duda de que los Maestros constructores tuvieron contactos y se relacionaron con los judíos de las aljamas de las ciudades, así como con la Orden del Temple, promotora y a la vez protectora de dichas hermandades. No es de extrañar pues que muchos de estos conocimientos cabalísticos pasaran a manos de las hermandades de constructores y que la estrella de seis puntas se convirtiera en uno de los distintivos de los llamados “Hijos de Salomón”. Estrellas que podemos ver en algunas iglesias especiales cercanas a los caminos de peregrinación desde tiempos remotos. Lo curioso de todo ello, es que algunos de estos pentalfas se presentan invertidos, o sea con el vértice hacia abajo, como los casos de la iglesia de Santa María de Azogue en Galicia o la ermita de San Bartolomé de Ucero en Soria.

Prosiguiendo con el número nueve, recordemos que los llamados cuadrados mágicos están formados por nueve casillas, y tampoco olvidemos que el simbolismo pitagórico de los números era conocido desde antiguo y sus correspondencias muy utilizadas. El nueve, siendo la última de las unidades, anuncia al mismo tiempo un final y un comienzo, en una serie infinita de transposiciones.

No sorprende en absoluto que los conocimientos que poseían, las claves secretas de identificación y los gestos y palabras de pase de los gremios, llegaron a ser motivo para que aquellos masones “operativos” de la Edad Media fuesen condenados por la Iglesia en diversas ocasiones, debido a todo ese mundo de secretismo, de enseñanzas, costumbres y rituales. Esta institución ha deseado siempre conocer la vida de los individuos y la de la colectividad para poder mantener un control sobre ella. No cabe duda de que conoce la máxima hermética que sostiene de que “Saber es Poder”. Es así como en el siglo II de nuestra era, proclama la confesión y la penitencia como necesarias para el creyente, convirtiéndolas en el mejor medio para mantener el control de las conciencias.

El lector se estará preguntando si en realidad estas hermandades no poseían un talante de corte pagano más o menos mezclado con una especie de extraña magia ceremonial, ancestral o primitiva. La verdad es que los miembros de dichos gremios eran fervientes cristianos y asistían regularmente a la liturgia religiosa. Pero una cosa son las creencias y otra muy distinta los conocimientos. La dedicatoria que el maestro de obras Jehan de Chelles consagró a “Nôtre Dame” de Paris lo confirma. Su traducción es la siguiente: *“El año del Señor de 1257, y el segundo día de los “idus” de febrero, Jehan, el Maestro cantero de Chelles, dedicó esta iglesia a la Madre de Cristo”*.

Pero ello no es óbice para que los miembros de esos gremios herméticos medievales sintieran deseos de conocimiento, que un clima intelectual se desarrollara en sus logias y que, poco a poco, pudieran llegar a convertirse en libres pensadores. Desde la más remota antigüedad, el sistema establecido sabe que su poder se basa en el control sobre la ignorancia de las gentes y eran precisamente estos ámbitos de difusión del conocimiento lo que preocupaba a la Iglesia.

En la actualidad, resulta difícil saber para el especialista, el estudioso o el simple aficionado, entre los que me cuento, en qué momento la realidad llegó a fundirse con la leyenda o el mito. No cabe duda de que los constructores de ermitas, iglesias y

catedrales, poseían grandes conocimientos en todos los sentidos. Además, tal y como ya se citó, si en aquella época la Astrología y la Alquimia formaba parte de la cultura, no resulta difícil imaginar que los canteros y artesanos pudiesen estar en contacto con practicantes de dichas especialidades y se interesaran por su estudio. Ciertamente no existen pruebas documentales que den fe de ello, pero cuando se contempla su trabajo, surge la evidencia de que conocían sus principios. Es más, incluso se advierte que no solamente sabía orientar adecuadamente los templos en relación al astro rey y su relación con los equinoccios con fines religioso-espirituales, sino que conocían las sagradas proporciones y la distribución de los volúmenes, además de que todos los elementos que todavía en la actualidad calificamos de ornamentales, tenían una función concreta y no puramente decorativa.

Es evidente que cada cual ve aquello que desea ver. Para una inmensa mayoría, la iconografía del Románico o del Gótico está formada por símbolos que representan vicios y pecados, así como las virtudes necesarias para combatirlos. Otros en cambio, ven entre dichas imágenes, mensajes ocultos que encierran verdades trascendentes. La verdad sea dicha, es que ambas posturas son complementarias y, por lo tanto, pueden ser consideradas correctas y no excluyentes.

En ocasiones, aparecen significados procedentes de un primitivo gnosticismo. En otras, mezcladas entre representaciones de los Evangelios, de los Apóstoles o escenas de la vida de Jesucristo, surgen conceptos e ideas que, aparentemente, no debieran formar parte del conjunto iconográfico. Cuando se conocen las edades y los períodos zodiacales y sus signos respectivos o los símbolos utilizados por los alquimistas y su significado, la visión que poseíamos de dichas imágenes cobra un nuevo sentido, en consecuencia, debemos admitir que los constructores disponían de este conocimiento y que intencionadamente lo integraron en sus obras.

Como si trataran de lanzarnos una especie de guiño, las iglesias de los siglos XI, XII y XIII, poseen elementos iconográficos que no tienen relación alguna con la cerrada idiosincrasia supuestamente cristiana. Símbolos zodiacales se encuentran en algunas de ellas, recordando antiguas religiones paganas de origen solar, a pesar de que el cristianismo también lo es. Simbología que curiosamente está rodeando la figura central de Cristo en muchas de sus portaladas. Un claro ejemplo de ello puede contemplarse en San Isidoro de León.

El origen egipcio de muchos de los elementos de la iconografía cristiana y el de la exaltación de la Virgen con el niño, resultan más que evidentes. El culto a la diosa Isis se extendió por todo el mediterráneo a través del mundo grecolatino y perduró hasta bien entrada la Edad Media. Esa divinidad representante de la sabiduría de la tierra, que propiciaba el paso al más allá y el resucitar de los muertos, vio como los antiguos santuarios dedicados a ella, se convertían en centros de culto mariano. Esa divinidad procedente de Egipto, pronto tuvo en las religiones llamadas místicas, su propia representación en las figuras de Cibele, Astarté, Hera o Gaia. Todas ellas ofreciendo sentimientos de corte religioso y esperanzas de trascendencia al sufrido ser humano. Ya desde la prehistoria, lo femenino, principio fértil, en este caso activo, era venerado y se erigía en ser supremo por encima de todas las otras divinidades. Con el tiempo, ello vino a convertirse en el principal enemigo de las clases sacerdotales de todas las épocas, pues su machismo propugnaba insistentemente la masculinidad de las divinidades, muy alejadas del hombre y cuya única finalidad era la de que el creyente siguiera a pies juntillas la obediencia que se les debía, pero siempre, evidentemente, bajo los auspicios y directivas de la clase sacerdotal, siempre auto proclamándose autorizada en ser sus representantes e intermediarios entre ellas y el hombre.

Ello motivó que en los primeros años de institucionalizarse la Iglesia, sus dirigentes ante la conocida popularidad que había adquirido todo lo femenino, evitara por todos los medios la exaltación de la Virgen María evangélica. El culto isíaco, estaba extendido y en pleno auge por todo el territorio del Imperio en el momento de hacer su aparición el Cristianismo. La conocida frase: “si no puedes con tu enemigo, únete a él”, fue llevado a efecto por la Iglesia y con el tiempo, esas figuras paganas fueron convirtiéndose en la Virgen cristiana que poco a poco fue tomando la importancia que merecía en sus aspectos simbólicos, lógicamente cristianizados. Así fue presentándose la “nueva” religión, portadora de mensajes de esperanza, que en modo alguno fueron exclusivas de su doctrina, sino que ya existían desde la noche de los tiempos adaptándose siempre a cada época y a cada cultura. El naciente Cristianismo tomó prestadas costumbres, ritos y hasta numerosas devociones, incluso disfrazadas, que fueron el inicio de su cuerpo doctrinal, separándose de todo componente hebreo que era el que servía de base en sus comienzos.

Lo citado en los dos últimos párrafos de forma breve y sucinta, es una ínfima parte de cómo se gestó el nacimiento de la Iglesia y de su turbulenta historia, y en modo alguno ha sido con la pretensión de llenar caprichosamente un espacio, pues en la edición de todo trabajo, dichos espacios resultan extremadamente valiosos. Su exposición ha sido motivada por el hecho de que, si “mirar” no significa forzosamente “ver”, si tenemos ocasión de ello, podremos en algunos casos “ver” lo citado anteriormente en algunas de las iconografías que estemos contemplando. Más allá de lo físico y lo aparente, se encuentra todo un universo de símbolos, que los masones operativos supieron como representar para transmitir conocimientos bajo la forma de mensaje pétreo. El alma de la piedra guarda a través de los siglos, saberes que en la Edad Media eran considerados secretos y que sólo podían desentrañar aquellos que estaban preparados para recibir su enseñanza.

La finalidad de la Francmasonería, era la de formar libres pensadores, con los conocimientos necesarios para elevarlos por encima de la condición común de sus contemporáneos a través de una exigente selección y posteriores iniciaciones. Esa piedra cúbica que se citó anteriormente, y que representa al iniciado, estará apta para unirse a las demás una vez cumplidos todos los requisitos. Pasará a formar parte, con otras hermanas, a la construcción del edificio, ese templo convertido en obra social que permitirá a sus congéneres la trascendencia. Los masones, unidos en una empresa común, levantan el edificio a la gloria del Gran Arquitecto del Universo: Dios.

A pesar de que las superficies de la piedra pulimentadas y regulares son obtenidas por el mazo y el cincel, símbolos de la voluntad y del juicio, y aunque se presenta desbastada, aún no es perfecta ni utilizable. Tiene que ser perfeccionada y resultar pura y perfecta. El cantero recibe entonces una segunda iniciación y se le hace entrega de la regla, la escuadra, el compás y la palanca, que no son propiamente herramientas de su rango de oficio pues en realidad pertenecen al Maestro de obras y aunque trabaje con ellas sin comprender todavía su significado, son las que le permitirán llevar a cabo una obra duradera. En esta etapa, el albañil conoce perfectamente su oficio, pero le falta el conocimiento, la visión de conjunto de la obra completa. Cuando alcance el grado de Maestro, poseerá todos los secretos del arte.

El grado de compañero, básicamente se corresponde con la etapa de las antiguas iniciaciones. A través de la piedra, el albañil va moldeando, por llamarlo de algún modo, sus cualidades humanas. Discernimiento, ecuanimidad, equilibrio y la coherencia, serán necesarias para que sus facultades intelectuales sigan el adiestramiento correcto y tenga plena conciencia de la trascendencia de su trabajo. El

tesón, el esfuerzo y la voluntad son representadas por el mazo, el cual dejará de representar una fuerza ciega para convertirse con cada golpe, en certera y precisa. Esa voluntad bien dirigida, llevará al cincel sobre el punto donde su acción es deseable, de manera que la piedra adquiera la forma que habrá de perfeccionarse para que sea digna del edificio que se ha de construir.

Además del mazo o martillo (la voluntad bien dirigida) y del cincel (el juicio correcto) que son los útiles de la primera etapa, el Compañero tiene necesidad de la palanca, regla, escuadra y del compás, símbolos de las cualidades que debe adquirir. Con las nuevas herramientas sacará del bloque de piedra informe (el ser humano antes de su iniciación) la citada piedra cúbica (símbolo del iniciado). El ser humano somete y a la vez se adapta a las propiedades de la Naturaleza, sacando de ella, todo cuánto contiene de sagrado.

La regla le recuerda la rectitud del camino iniciado, en el que palabra y obra estarán intrínsecamente unidas y el compás le enseñará con prudencia, las medidas a tomar antes de proseguir dicho camino, para conocer y salvar aquellos obstáculos que surgirán en el recorrido, franqueándolos para que no puedan detenerle en su peregrinaje. La escuadra le permitirá someter todas sus acciones a la razón y la palanca, será el apoyo moral por el que podrá “mover” todas las proporciones, volúmenes y medidas que surjan en la realización de la obra. Para el iniciado constructor, al igual que lo hizo Pitágoras en su momento, a través de la medición, llega a conocer los ritmos del Universo que son la medida del mundo visible y manifestación del Número divino.

Estos conceptos que el hombre moderno llega a considerar como meras supercherías o supersticiones, rodeadas de cierto romanticismo y por que no decirlo, fruto de la ignorancia de la época, eran para el hombre de la Edad Media, la expresión de la sacralidad del Cosmos y de sus misterios que debía desentrañar a través de las iniciaciones que le transmitían los secretos del oficio.

El albañil recrea en las formas el Plan Divino, convirtiéndose en un eslabón de la cadena milenaria del Conocimiento. Lo práctico y lo espiritual es lo que une a esos hombres que, olvidándose de sí mismos, se transforman en intermediarios entre Dios y el mundo. El Maestro constructor y el Compañero, transmutan la opacidad de su interior y su materialidad para adquirir una nueva identidad obtenida a través de las iniciaciones correspondientes, permitiéndoles ser transmisores de la luz divina que concretizan en sus obras. En realidad, esos gremios herméticos medievales se convierten en el instrumento a través del cual la divinidad se manifiesta.

La armonía del Universo se ve reflejada en su trabajo, en las medidas, las proporciones, los volúmenes, las vidrieras y en todos aquellos elementos que configuran el templo. Esta transmutación de su ser, es la que provoca que cada piedra, ornamento o escultura salida de sus manos, tenga una relación directa con lo sagrado. El resultado del trabajo, es fiel reflejo del interior del artesano, de su armonía con el Todo y ello transforma su oficio en una auténtica liturgia. Su cotidianidad es un rito y mucho antes de que la obra esté terminada, es ya una obra sagrada en la que representar la Creación del Mundo. Este cambio del Ser, era una auténtica obra alquímica que, no lo olvidemos, Alquimia y Astrología a pesar de pertenecer a cierta heterodoxia, eran los verdaderos motores que impulsaban a la Ciencia de la Edad Media.

A pesar de que Alquimia y Astrología no son la espina dorsal del presente trabajo, el conocimiento de las mismas y sobre todo de esa otra realidad que subyace más allá de los tópicos y clichés que se han mantenido hasta el día de hoy, convierten ambas especialidades en fundamentales si deseamos penetrar en ese otro mundo que se

encuentra detrás de lo aparente. Ello podremos comprobarlo en los apartados dedicados a la compleja y rica iconografía del Románico y del Gótico.

Prosiguiendo con los ritos de los gremios de constructores y según cuenta la tradición, los Compañeros cuando celebraban sus rituales iniciáticos, daban una vuelta alrededor del templo y por su interior, siguiendo el movimiento del astro rey y deteniéndose en los símbolos que iban apareciendo en el recorrido, mientras recitaban las fórmulas del gremio correspondiente al que pertenecían y proseguían esta ronda hasta concluir la circunvalación del edificio.

El recorrido comenzaba en el centro de la iglesia, allí donde se unen las energías del cielo y la tierra, empezando una ronda circular o mejor dicho, un camino en forma de espiral, en el que el iniciado recorría el interior del templo siguiendo las manecillas del reloj, por el muro Norte, el del Este y el del Sur, hasta llegar a la puerta en el Oeste y saliendo posteriormente al exterior. Con ello simbolizaba el paso de las tinieblas a la Luz, de la ignorancia al conocimiento, un cambio a otro estado de conciencia y una nueva realidad.

Una vez en el exterior, proseguía su ronda iniciática por el lado Norte de la construcción, cuando el sol no luce oculto por la noche y sigue su curso por el espacio para nacer por el Este, donde se cruzaba en el camino del iniciado, que proseguía su camino hacia el Sur, donde llegaría a cruzarse con el astro rey en toda su fuerza y plenitud, recibiendo sus rayos benefactores, símbolo del conocimiento representado en numerosas ocasiones por el oro o el disco solar, para más tarde reencontrarse con él, al Oeste, en el pórtico de entrada al templo y ya en el proceso de declive. Esta muerte-resurrección del iniciado, era a imitación del ciclo vital y sin fin del ocaso y nacimiento del rey de los astros. Hay que insistir una vez más, en que nos hallamos en plena Edad Media, época en la que la Astrología regía los destinos del ser humano y ello marcaba las pautas en esa búsqueda de trascendencia y en el comportamiento a seguir para acceder a ella.

La Antropología que nos ofrece la posibilidad de acercarnos a las creencias y conductas del hombre a través de la historia, nos da a conocer como el ser humano desde tiempos inmemoriales ha ritualizado dichas creencias en cánticos y bailes. Danzas circulares alrededor de las hogueras celebrando los solsticios, círculos de piedra de época prehistórica, trilitos en Stonehenge configurando una forma circular, megalitos que parecen estar indicando la salida y la puesta del sol o los equinoccios, y todo ello separado por el espacio y el tiempo y pertenecientes a culturas y civilizaciones muy diferentes y además, distantes entre sí.

Tradiciones ancestrales que pasaron de generación en generación y que en la actualidad perviven bajo el aspecto de fiestas populares, lamentablemente han perdido su significado original que habría que buscar por los recovecos de la memoria. El simbolismo primigenio se ha convertido en un folclore colorista y poco más. Las llamadas danzas tradicionales, son posiblemente una especie de residuos de aquellas otras que se llevaban a cabo en honor del sol. Este deambular o recorrido de forma sinuosa o de espiral, y cuya base es el círculo, son las que se efectúan en muchas de las fiestas rurales acompañadas por los santos o patronos del lugar y que se llevan a cabo en el exterior, en plena naturaleza pero cuyo origen es el iniciático. De ese culto al astro rey, que surgió desde la más remota antigüedad, procede el apelativo de las llamadas Culturas Solares.

No es de extrañar pues, que los caminos de iniciación de los canteros medievales recordasen el movimiento del sol, su forma circular y que además, conociendo la

existencia de los petroglifos prehistóricos en los que aparecen espirales y laberintos, tomasen dichas formas como base para la adquisición simbólica de ciertos conocimientos y los trasladaran en sus obras. Conceptos metafísicos, trascendentes y espirituales, son manifestados al materializarse en la piedra.

De las tinieblas del exterior, es decir la ignorancia, el buscador penetra en el interior del templo en busca de la Luz. Será la victoria de lo espiritual sobre lo material, de la inteligencia sobre el instinto, así como de lo eterno sobre lo perecedero. Se trata de un punto, un centro arquetípico en el que reside el Principio Supremo, la divinidad que es necesario encontrar. Dicho punto se encuentra en el espacio sagrado y ordenado del templo. Ello constituye el lugar secreto y oculto al profano, al cuál sólo se puede acceder atravesando el edificio, del atrio al altar, de la periferia al centro del psiquismo humano durante el proceso iniciático de la búsqueda.

Este concepto no se halla tan sólo en las grandes y majestuosas catedrales, también se encuentra en la más modesta iglesia como la de Iria Flavia. La idea de viaje o “navegación”, está incluida en el lugar del edificio que se atraviesa y que, significativamente, se denomina “la nave”, orientada generalmente de Este a Oeste, en correspondencia estricta con el recorrido que realiza el sol desde el alba al ocaso. El cantero y el artesano, sacralizan así la Naturaleza, pues es obra de Dios y a través de la materia, de la piedra, simbolizan el Universo que les rodea. Unen macrocosmos con microcosmos y lo visible con lo invisible, provocando con ello una catarsis en el ser humano para recordarle su procedencia y esencia divinas.

Encontrar enclaves o centros en los que presumiblemente se realizaran ritos iniciáticos no es empresa fácil. Con suerte encontraremos indicios o pistas que nos conducirán a conjeturas, sospechas y a numerosas dudas y preguntas, pero difícilmente hallaremos pruebas concluyentes. Hay que tener presente que dichos lugares estaban a cubierto de profanos y curiosos y que las ceremonias se efectuaban con la máxima discreción y algunas de noche. Muchos especialistas son de la opinión de que estos enclaves acostumbra a estar situados en las proximidades de los caminos de peregrinación a montes considerados sagrados, fuentes y manantiales con propiedades curativas, cuevas en las que el ser humano encontró la trascendencia y en las que vivieron por largos años anacoretas, santos y místicos. Lugares en los que se producen apariciones o fenómenos inexplicables, zonas de megalitos o incluso antiguos castros. En definitiva, lugares de culto en los que se pierde la memoria y en los que posteriormente se erigieron capillas, ermitas o iglesias.

El “compagnonage”, traducido literalmente como “Compañerismo”, era ante todo una fraternidad, de “frater”, hermano. No se trataba en absoluto de una corporación o de un corporativismo tal y como lo entendemos en la actualidad, en el que distintas profesiones están colegiadas para que sus miembros estén legalizados y puedan defender sus intereses. Las Cofradías son auténticas escuelas, verdaderas logias iniciáticas tradicionales. Esa es la gran diferencia entre ellas y las corporaciones, simples asociaciones de oficios. Los “compagnons”, esos canteros medievales que llegan con el tiempo a convertirse en una auténtica aristocracia obrera desde el punto de vista social y en una verdadera “caballería de oficio”, se comprometían libremente a seguir un compromiso moral estricto, surgido de tradiciones ancestrales formadas por reglas concretas y ritos precisos. Alejada de las estructuras y los estamentos sociales de la época, la Hermandad está abierta a todos aquellos que están dispuestos a aceptar sus reglas y a unir a sus miembros con un mismo ideal.

Ya desde un principio, el postulante estaba sometido a una serie de rudas pruebas en el trabajo, a efectuar las tareas más bajas y a soportar las bromas de los veteranos. Así comenzaba su primera etapa en la iniciación, al igual que acontecía en Oriente cuando muchos buscadores deseaban convertirse en discípulos para seguir las enseñanzas de determinados maestros. Ya sea en el Budismo, el Hinduismo, el Cristianismo o cualquier otra escuela filosófico-religiosa occidental, el proceso que se sigue siempre es el mismo a pesar de pertenecer a períodos alejados en el espacio y en el tiempo y a contextos geográficos muy dispares. Su objetivo: probar la voluntad, la resistencia y la conducta del adepto. Pruebas que intentan disuadirlo en su empeño, pero que si son superadas, es admitido.

Aparte de la dedicación al estudio y aprendizaje del oficio correspondiente y al estricto cumplimiento de las leyes que regían la Cofradía a la que pertenecía, al nuevo miembro se le exigía una conducta irreprochable, el seguimiento de unas reglas que rayaban en la intransigencia y a una ruda disciplina. Aquél que transgredía una de las reglas de la Hermandad, era severamente castigado y caso de que la falta fuese considerada grave, como la divulgación de rituales o los secretos del oficio a “profanos”, entonces se le expulsaba de la Cofradía

Dicho secretismo ha provocado ríos de tinta y ha sido motivo de encendidas polémicas por parte de algunos autores. Las iniciaciones son intransferibles y los conocimientos que se adquieren con ellas, corresponden exactamente a los niveles de comprensión que posee el adepto en aquél instante. Aunque todos los seres humanos somos iguales en esencia, no lo somos en cuánto a potencial, intelecto, capacidad de asimilación y carácter. Ello es lo que nos confiere nuestra personalidad. Lo que resulta válido para unos, no lo es para otros. Cada cuál recibe según sus capacidades. Un mismo ritual produce efectos distintos según el individuo. El mensaje o la lección obtenida es personal, nadie puede recorrer en nuestro lugar ese camino de búsqueda. No es posible explicar el sabor del azúcar a alguien que nunca lo ha probado.

No hay que confundir el tradicional secretismo o discreción de ciertos ritos, con la intencionalidad en la ocultación de conocimientos. En toda escuela denominada iniciática, y ese era el caso de los canteros medievales, el postulante pasaba por un período de preparación, al igual que sucedía en el Antiguo Egipto, Grecia, Roma y así hasta un largo etcétera. Enseñanzas preliminares servían de base para poder pasar las posteriores pruebas, la mayoría de ellas de tipo físico, simbolizaban los conocimientos que iban a adquirirse, así como las leyes y reglas por las que se regía la escuela de la que iba a formar parte. Aunque sea un ejemplo de Perogrullo, no creo que a nadie se le ocurriera ofrecer conocimientos de nivel universitario a alumnos de primero de Eso. Lo mismo sucede con determinados rituales y saberes.

La iniciación es el comienzo de un camino que no tiene fin al igual que el Saber. Siempre hay algo por aprender. De una manera o de otra, tarde o temprano, descubriremos cómo las mismas verdades universales han sido representadas por culturas y civilizaciones muy distantes entre sí. Cada una de ellas, utilizando los signos que la caracteriza, ha legado un mensaje semejante, unos conocimientos de validez universal que, en definitiva, expresan los mismos conceptos aunque con distintos lenguajes.